

16. “Para que mi alegría esté en vosotros”

“Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud.” (Jn 15,9-11)

“Permaneced en mi amor... para que mi alegría esté en vosotros”.

Jesús tiene tanto interés en compartir con nosotros lo más precioso, lo más personal, lo más suyo: el amor y la alegría. Amor y alegría: ¿qué tiene el hombre más precioso que esto? El amor y la alegría son el tesoro de todo hombre, del rico y del pobre. El pobre tiene la ventaja de poseer sólo este tesoro, lo que lo hace aún más precioso para él. Pero a menudo las condiciones de miseria y peligro ahogan la alegría del pobre y también su amor.

El tesoro del amor y de la alegría de Cristo, ¿resiste la prueba de la pobreza cuando significa miseria, enfermedad, experiencia de hostilidad, rechazo, desprecio, guerra, hambre, abandono? ¿Resiste la alegría de Cristo el desafío del dolor, el desafío del odio, el desafío de la muerte? Esta es la pregunta que me hago desde el comienzo de nuestras meditaciones. ¿Es posible la alegría cuando uno encuentra en sí mismo todas las razones no sólo para no alegrarse, sino también para no amar?

Siempre recuerdo, en *El diario de un cura rural* de Georges Bernanos, el clímax de la crisis interior del joven sacerdote, cuando se da cuenta de que está entrando en una insensibilidad hacia todo y hacia todos, sin compasión, que le aísla de la humanidad que sufre:

“Me esfuerzo por pensar en angustias semejantes a las mías. No siento compasión por esos desconocidos. Mi soledad es perfecta, y la odio. Ni piedad por mí mismo. ¡Si ya no tuviera que amar!

[...] ¡Qué no daría por sufrir! Hasta el dolor se me niega: el más habitual, el más humilde, el de mi estómago. Me siento horriblemente bien.

No temo a la muerte, me es tan indiferente como la vida: y esto es algo que no se puede expresar.

Me parece que he ido a contracorriente todo el tiempo desde que Dios me resucitó de la nada. Al principio no era más que esta chispa, esta mota de polvo enrojecida de caridad divina. Ya no soy más que eso, en la Noche insondable. Pero el grano de polvo ya casi no enrojece, está a punto de extinguirse.”

San Pablo escribe a los Corintios: “y no porque seamos señores de vuestra fe, sino que contribuimos a vuestra alegría. Pues vosotros os mantenéis firmes en la fe” (2 Co 1,24). Nunca “contribuiremos a la alegría” de los demás si no nos dejamos interpelar directamente por el desafío del mal que aparentemente vence, sobre todo a los más débiles, a los indefensos, a los inocentes.

Por supuesto, hay una lucha por la justicia, una defensa de los débiles e indefensos que no podemos eludir, dentro de los límites de nuestras posibilidades. Pero sabemos que el desafío para nosotros es más profundo, está en un campo de batalla

que se encuentra en un espacio de la realidad humana más profundo de lo que podemos ver y sentir.

San Pablo lo explica sin rodeos en su carta a los Efesios:

“Por lo demás, buscad vuestra fuerza en el Señor y en su invencible poder. Poneos las armas de Dios, para poder afrontar las asechanzas del diablo, porque nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire.” (Ef 6,10-12)

¡Cuán consecuente, cuán verdadera, cuán poderosa debe ser entonces la fuerza del bien, de la verdad, de la belleza, de la alegría que puede ganar esta batalla! Vencer como consuelo, como propuesta de Cristo que vence a este “mundo de tinieblas” en el que están inmersos tantos corazones. La fe nos hace conocer y creer que Cristo “descendió a los infiernos”, el Cristo que acaba de morir pero que, como expresa el Prefacio de la Vigilia Pascual, “muriendo destruyó la muerte”. Es importante responder a la demanda de vida y alegría que tácita o airadamente surge de quienes se encuentran presos en el “mundo de tinieblas”, como Dante en la selva oscura, y no sólo no saben cómo salir de ella, sino que creen que ya no pueden salir, que esa selva oscura es toda la realidad.

Debemos ser conscientes de que a menudo se nos pide que seamos colaboradores de una alegría que no existe, que se ha apagado, que se ha sofocado. Cuántas veces nos encontramos ante personas que sufren y que, con razón, no soportan consuelos de palabras, teóricos, que pasan por encima de su sufrimiento sin penetrar en él, sin saber penetrar en él como la lluvia de primavera humedece suavemente la tierra endurecida por el invierno. Sin embargo, es precisamente a ellos a quienes debemos llevar la alegría de Cristo. Sólo la alegría de Cristo, no la nuestra ni la que intentamos suscitar en ellos, puede consolar el dolor que no se puede quitar, el sufrimiento tan irreparable como la muerte. Porque la alegría de Cristo es una alegría pascual, una alegría que resucita incluso cuando el mal, el sufrimiento, el pecado, la muerte han prevalecido, se lo han llevado ya todo.

Si estamos llamados a colaborar en la alegría de los demás, no es en su alegría en la que debemos pensar, sino en la alegría de Cristo en ellos, en nosotros y en ellos. Estamos llamados a ser cooperadores en la alegría de Cristo.

Y esto significa algo fundamental, que los religiosos, o los pastores y sacerdotes, a menudo olvidamos: nuestra colaboración no es en primer lugar con las ovejas, con los que nos han sido confiados, sino con Cristo, con Dios. Estamos llamados, sí, a ser colaboradores en la alegría de todos, pero antes de que esa colaboración sea con todos, es con el Señor.

Se trata de una inversión de perspectiva que, si la aceptáramos, si la viviéramos, haría muy sencilla nuestra tarea y nuestro ministerio, nuestra misión o nuestra acogida, y al mismo tiempo los haría eficaces, fecundos.

Sobre todo, es evidente que no se colabora con la alegría de Cristo sin colaborar con su amor, sin colaborar con el Espíritu Santo. Por eso, lo importante es no perder de vista lo que Jesús nos pide para permanecer en su amor. Porque éste es el secreto de la alegría cristiana, la nuestra y la de los demás, la nuestra junto con los demás.